

para su virtud, abismo tanto mas peligroso cuanto que solo es poderosa para separarlas de él la misma mano por quien se creian impulsadas: en este caso la virtud de la mujer depende únicamente del hombre por cuyo amor han cometido aquel acto de locura.

Despues de comer algo, Doña Esperanza sintió la necesidad de dormir; se recostó en una cama y quedó sumergida en un profundo sueño.

Quando la vieja la vió dormida, salió del aposento procurando no hacer ruido; cerró con llave la puerta por la parte de afuera, y se dirigió á la estancia en que se reunian á esas horas Don Alonso y Doña Catalina.

—Curiosa me habeis tenido en todo el dia, madre—dijo Doña Catalina al verla llegar.—¿Qué tal?

—Quando os prometí—contestó la vieja—que yo lo arreglaria todo, era porque me creia capaz de cumplir lo que ofrecí.

—¿Y está arreglado?—preguntó Don Alonso.

—Perfectamente; Doña Esperanza está dispuesta á ser la esposa de Don Alonso de Rivera.

—Por muchos años—dijo Catalina sonriendo y haciendo una caravana á Don Alonso.

—¿Y para cuándo?—preguntó Rivera.

—Prisa os corre—contestó Catalina.

—Es que en eso—agregó Rivera—se interesan nuestros mutuos intereses.

—Eso dependerá de mi hija—dijo la vieja.

—¿De mí?

—Sí, con tal que me sigas ayudando como hasta ahora.

—Contad con ello.

—En ese caso, Don Alonso, disponed las bodas para mañana en la noche.

XXIX.

Cómo se casó Doña Esperanza de Carbajal con Don Alonso de Rivera.

LA vieja Doña Catalina habia llevado á Esperanza á la casa de su hija con tanto misterio, que ni los criados supieron quién ella era, ni ella misma comprendió la casa en que estaba.

Una habitacion completamente aislada le habia sido preparada, y nadie, sino la misma vieja Doña Catalina, la cuidaba y la veia.

A su llegada allí, Doña Esperanza fué conducida por la vieja á una estancia en donde estaba preparada una magnífica cena; la vieja se sentó é invitó á sentarse á la jóven.

Doña Esperanza estaba débil y tenia hambre, y despues de su resolucion, su alma estaba triste pero tranquila: Don Leonel la habia engañado, habia burlado su amor; ella queria casarse, porque creia inocentemente que esto era una venganza y que el dolor habia de ser terrible para Don Leonel.

¡Pobres de las mujeres que se casan por despecho! ellas sufren el dolor y ellas se ponen en el borde de un abismo

—¡Tan pronto! si apenas habrá tiempo.

—Pues mirad cómo teneis que componeros, porque si se pierde la coyuntura, no respondo.

—Lo procuraré.

—No, lo hareis, que os sobra dinero, y con él no hay dificultad ninguna en el mundo.

—¿Y qué tenemos que hacer?—preguntó Catalina.

—En primer lugar, disponer todo para el casamiento, incluso el vestido de la novia y sus arras, para mañana mismo; el sacerdote, las dispensas, todo, todo; preparando el oratorio al cura para la ceremonia, de manera que cuando yo os llame, ya no sea cosa sino de recibir la bendición.

—Eso Don Alonso; ¿y yo?

—Pues tú, mira: ¿á qué hora llega mañana Don Leonel aquí?

—Supongo que á las once.

—Escúchame bien: ante todo dispones que entre á esta misma estancia; luego harás que ningun criado esté por las habitaciones interiores; ¿comprendes?

—Sí.

—El objeto es el que yo pueda traer, sin que la vea nadie, á esa jóven, hasta ponerla tras esa cortina, para que vea y diga por sí misma lo que no quisiera.

—Entiendo, entiendo.

—Tú sabrás lo que le haces decir al primo; procura solo no olvidar que yo y ella os estamos mirando.

—No temais—dijo sonriéndose Catalina.

—Este será el golpe de gracia.

—¿Pero si ella pretende entrar, ó da un grito ó algo?

—No entrará, que yo cuidaré de sujetarla si gritare, la retiraré á tiempo, y tú dirás á Don Leonel que es la esclava

va loca á quien pretendian hacer pasar por mujer de Don Pedro de Mejía.

—Muy bien pensado.

—Cuando yo decia—exclamó Don Alonso—que la señora es una alhaja!

—Ahora me voy con mi prisionera, y no saldré de allí hasta que todo esté dispuesto; cuando Don Leonel llegue envíame á avisar con el mismo Don Alonso; que me dé cuatro golpes en la puerta, y será la señal de que todo está dispuesto y de que puedo traer á mi paloma.

—Sí, señora.

—Buena noche y no olvidar nada.

—No, señora.

—¿Creeis—dijo Catalina á Don Alonso cuando se retiró la vieja—que á pesar de que no tengo con vos relaciones de amor, solo y quizá porque las tuve, siento una especie de celos, al ver que se acerca vuestro matrimonio con una mujer hermosa?

—Os lo creo—contestó Don Alonso—porque cuando os unisteis á Don Pedro, á pesar de que fuí yo quien preparó é inventó aquel matrimonio, sentí unos celos horribles, y es que nunca nos parece mas bella y mas seductora una mujer que cuando va á pertenecer á otro.

—Lo que es yo, me siento muy mal con este casamiento.

—No se hará, si así os place.

—¡Qué locura! despues de tanto trabajar, no casaros; pero tenga yo la seguridad de que sois siempre el mismo para mí.

—¿Podeis dudarle?—dijo Don Alonso estrechando en sus brazos á Catalina, y atrayéndola hasta darla un beso.

—No lo dudo; pero vos que habeis sentido esto, supondreis lo que siento, y á fe que me avergüenzo; esto casi me parece ridículo.

—Catalina, no solo he sentido esos celos, sino que los siento aún: ¿creéis que no siento hervir mi sangre cuando veo llegar al Don Leonel y tengo que dejaros á solas con él?

—Ahora me toca deciros: le despediremos si gustais.

—Y yo os responderé: ¡qué locura! tengo yo la seguridad de que sois para mí siempre la misma.

—Parecemos unos niños.

—Cierto; pero es fuerza dejar algo al corazón; que caigan esos dos pichones, y ya despues veremos lo que con ellos se hace.

—Mañana es el dia decisivo.

—Mañana, hermosa mia; y si me dais permiso, me retiro, que tengo mucho que trabajar para arreglar esta boda, ó quizá estas dos bodas.

—Como gustéis.

—¿A qué hora esperais á Don Leonel?

—A las diez, y ya sabeis que mi madre os necesita.

—No faltaré, y lo que es mas, á esa hora estará arreglado ya todo lo de la parroquia, y el cura, etc., etc.

—Es preciso.

—Adios, alma mia, y espero que sereis conmigo siempre como siempre.

—Como vos conmigo.

Sonó un beso, y los dos antiguos amantes se separaron; no mas que Don Alonso bajó la escalera riéndose y Catalina se entró riéndose á su aposento.

Ambos se reian de sí mismos.

Al lado de Esperanza durmió aquella noche Doña Catalina, la vieja.

Doña Esperanza despertó temprano, como todo el que tiene grandes pesares: parece que el sueño se retira mas pronto cuando menos deseos se tienen de volver á la realidad.

Doña Catalina hizo servir el almuerzo á la jóven en el mismo aposento.

Serian las once de la mañana, cuando se escucharon en la puerta los cuatro golpes que la vieja esperaba.

—¿Qué es eso?—preguntó la jóven.

—Señora—contestó la vieja—aunque teneis dada vuestra palabra de casaros con Don Alonso, os he prometido yo que veríais á Don Leonel á los piés de la mujer á quien ama ahora; así, ni el mas ligero escrúpulo podrá quedaros.

Doña Esperanza se puso densamente pálida y vaciló en contestar.

—Venid, venid; armaos de valor, contened un momento la fuerza de vuestro espíritu; quizá de este momento depende vuestro porvenir: vale mas el desengaño mas cruel que la duda.

La jóven meditaba en silencio lo que debia hacer; temia encontrar la realidad, pero temblaba ante la idea de proceder con ligereza.

—¿A qué os decidís?—preguntó la vieja.

—Vamos—exclamó Doña Esperanza haciendo un esfuerzo.

—Bien, seguidme; pero os suplico que no hagais el menor ruido, que no hableis, que ni una exclamacion salga de vuestra boca, sea lo que fuere lo que vais á ver y á escuchar, porque seria yo perdida, y vos haríais un papel ridículo delante de Don Leonel y de su amada.

—Callaré, tened confianza.

La vieja abrió la puerta, y salió seguida de Doña Esperanza, que apenas podia caminar, presa de la mas terrible emocion.

Atravesaron así algunas habitaciones enteramente solas, sin ver á nadie y sin que nadie las viera; al entrar á una

estancia que estaba casi oscura, la vieja se volvió á Esperanza y le dijo:

—Ya estamos en la pieza contigua á la que ocupan los amantes; por Dios, silencio, y dadme vuestra mano, porque aquí está oscuro.

Doña Esperanza tendió la mano y entró á la estancia.

—Allí se percibían ya las voces de Don Leonel y de Catalina que hablaban en voz alta. Esperanza sintió que las fuerzas le faltaban, y tuvo que detenerse, apoyándose en el hombro de la vieja.

—Animo, señora—le dijo esta—ánimo.

—Le tendré—contestó Esperanza.

Y poco á poco, conteniendo aún el aliento, llegaron hasta la gran cortina de seda que cerraba una de las puertas.

Allí se percibía distintamente la conversacion.

—Aquí podeis oír y ver—dijo tan bajo Doña Catalina á la jóven, que ella casi lo adivinó:—acercaos—agregó atrayéndola.

Y Doña Esperanza vacilante, llegó hasta aquella cortina que la separaba del desengaño.

Temblando levantó la jóven uno de los pliegues de la cortina, y estuvo á punto de lanzar un grito de dolor y de sorpresa.

Doña Catalina, radiante de belleza y de placer, soberbiamente ataviada, escuchaba sentada en un gran sitial de ébano, tapizado de seda, las dulces y tiernas palabras que le dirigía Don Leonel, sentado á sus piés en un taburete.

Leonel tenia entre sus manos una de las de Doña Catalina, y la estrechaba contra su pecho, ó la cubria de besos.

Doña Esperanza, haciendo un esfuerzo supremo, se reprimió y procuró escuchar con tranquilidad.

—Don Leonel—decía Catalina—por mas que lisonjee mi orgullo y por mas que quisiera con toda mi alma, no puedo creer en vuestra pasion, en una pasion nacida casi casi de repente.

—Señora, no me desesperéis—contestó el jóven;—os amo, y jamás he mentido: ¿de repente decís que ha nacido esta pasion? ¿Y esto qué tiene de imposible? ¿no nace de repente el rayo en las nubes, y es por eso menos ardiente y menos terrible que si hubiera tardado un siglo en formarse? Catalina, decid que no me amais, que no quereis amarme, pero no que yo no os amo, ó que vos no lo creéis.

Doña Esperanza, tras de la cortina, se mecía agitada por la violencia de sus emociones, como una encina por un huracan; la vieja la contenía de una mano.

Doña Catalina, que adivinaba ya lo que estaba sucediendo, vió moverse la cortina y comprendió que era el momento de dar el golpe de gracia.

—Oídme, Leonel—dijo con dulzura;—¡cuán feliz seria yo creyendo en vuestro amor! pero es imposible. Si vos no hubiéseis amado nunca, si vos al menos no hubiérais tenido sino impresiones pasajeras en el mundo, quizá me haria yo la ilusion de que os habia causado una pasion violenta y terrible; pero vos habeis amado mucho, habeis amado desde vuestra niñez á Doña Esperanza, vuestra prima, y no es posible que esa imágen se haya borrado de vuestro corazon.

Doña Esperanza estrechó terriblemente la mano de la vieja, y escuchó.

—Doña Catalina—contestó Leonel—amé á mi prima cuando era jóven, cuando no sabia lo que era una verdadera pasion; la amé como ella me amó á mí, porque habiamos llegado á esa edad en que el corazon necesita del amor, y

ama lo que tiene delante, porque viviamos casi juntos; pero aquel fué verdaderamente un sueño, un sueño del que despertando, me encuentro con la realidad, mas hermosa que ese sueño, que ese sueño que no fué sino un presagio de lo que me esperaba sobre la tierra.

—¿Y es verdad?

—Os lo juro.

—¿Y no debo inquietarme por el recuerdo de Esperanza?

—Como yo por el de Don Pedro de Mejía.

Doña Catalina pasó su mano por la cabeza de Don Leonel, y este la atrajo suavemente; el ruido del beso de los amantes impidió á Don Leonel oír un gemido que salió de detrás de la cortina.

XXX.

En el que termina el que trata del casamiento de Doña Esperanza.

DOÑA Esperanza no pudo resistir mas y cayó desmayada en los brazos de la vieja, que la retiró violentamente del lugar en que estaban.

Quando volvió en sí, se encontró en otra estancia y sentada en un gran sitial, con una ventana abierta enfrente, y la vieja Doña Catalina haciéndole aire con un gran abanico chino.

—¡Ay, Dios mio!—exclamó la jóven sin comprender aún lo que sucedia.

—¿Qué tal, hija mia?—dijo la vieja—¿pasó ya el mal? ¿os sentís mejor?

—¿En dónde estoy? ¿qué me ha sucedido? ¿era un sueño?

—No, señora; afortunadamente no era sueño, y digo afortunadamente, porque ya vos comprendereis el peligro de que os habeis salvado. Ese Don Leonel.....